

DIOS SALVE A



VIAJE AL FUTURO DE ESTADOS UNIDOS

LAWRENCE WRIGHT

Texas, el llamado estado de la estrella solitaria, se parece mucho a la América que Donald Trump tanto anhela construir. El estado, profundamente republicano, no ha elegido a un demócrata como representante en más de veinte años. No obstante, las principales ciudades texanas son demócratas, de las más diversas de la nación, y sus minorías, como por ejemplo la comunidad musulmana, ya empiezan a conformar mayorías.

Mientras Texas, un estado conocido por ser el rey del petróleo, ha logrado superar a California exportando tecnología, su crecimiento económico se ve cuestionado por importantes brechas salariales. En esta obra, el escritor texano Lawrence Wright expone estos y otros datos que contribuyen a evidenciar la disparidad que gobierna en el seno de la sociedad texana y refleja cómo eran, cómo son y cómo podrían ser en un futuro los Estados Unidos de América.

Índice

1. Los encantos naturales
 2. Historia de tres pozos
 3. Houston, tenemos un problema
 4. Cultura de Texas para principiantes
 5. Cuna de presidentes
 6. Enciendan la radio
 7. La gran D
 8. Fabricantes de salchichas
 9. La ciudad de la Corona Violeta
 10. Más salchichas
 11. Tierras fronterizas
 12. Fuerte y solitario
 13. Muy lejos, muy al oeste
 14. Entre confederados
- Agradecimientos

*Para Steve, que estaba al comienzo
y seguirá estando al final del viaje.*

*We're oilmen and philosophers
Astronauts and ranchers
Fishermen and roughnecks
And college professors.
We're carpenters and preachers
And artists and physicians
High-tech geeks
And redneck musicians.
We're Church of Christ and Baptist
(Evangelical and Southern).
We're straight and gay and what the hey
We come in every color.
We're Czech and Greek and Mexican,
Vietnamese and Cajun
We sprawl a quarter million miles
We have no common language.*

*God save Texas
From the well-intentioned masses!
God save Texas
From the posers and jackasses!
God save Texas
He's the only one who can!^[1]*

Canción inédita de MARCIA BALL
y LAWRENCE WRIGHT

1

Los encantos naturales

Mi amigo Steve utilizó el adjetivo «sutil» mientras viajábamos en mi furgoneta desde Austin a San Antonio bajo una suave llovizna en una tibia mañana de mediados de febrero. Con esa palabra quería resumir el placer que uno experimenta al contemplar el paisaje de Texas. Se trata de un deleite sutil, que exige atención y observación, aunque, en realidad, en ese preciso instante, ante nosotros se extendía una interminable hilera de centros comerciales, entre los que serpenteaba la autopista interestatal. La sutileza es una cualidad que raramente sale a la luz cuando se habla de Texas, así que rumié esta idea durante unos momentos.

Hay algunos paisajes ideales para caminar, pues se revelan de manera tan íntima que el viajero debe dedicar tiempo a asimilarlos. Otros se aprecian mejor desde un coche, a una velocidad razonable. Y, por último, hay algunos que han de rebasarse a la mayor velocidad posible. En mi opinión, una gran parte de Texas entra en esta última categoría. Hasta Steve considera que Texas es el lugar «donde todo viene a extinguirse» —el Sur, las Grandes Llanuras, México o las cordilleras del Oeste estadounidense—; todo se difumina al llegar a Texas, cae en un anticlímax final, despojado de toda la gloria de la que hace gala cualquier otro lugar. Sin embargo, en el corazón de Texas existe otro tipo de paisaje que se ajusta idóneamente al ciclista que avanza a ritmo de trote, dejando atrás el aroma de las flores silvestres y el trino del ruiseñor del Hill Country. Llevábamos las bicicletas en la parte de atrás de la furgoneta, y nos dirigíamos a explorar cinco misiones españolas a lo largo del río

San Antonio, recientemente nombradas Patrimonio de la Humanidad. (Steve es Stephen Harrigan, amigo íntimo desde hace muchos años y distinguido novelista que actualmente está escribiendo una historia de Texas).

Nos detuvimos en un Buc-ee's, en las afueras de New Braunfels, para comprar Gatorade para el viaje. Se trata probablemente del minimercado más grande del mundo, un tipo de plusmarca a la que solo Texas podría aspirar. Es asimismo la mayor gasolinera del mundo, con ciento veinte surtidores y ochenta y tres aseos que, en al menos una ocasión, han sido merecedores del galardón Mejor Aseo de Estados Unidos. Las vallas publicitarias anuncian así el lugar: «Las dos principales razones para parar en Buc-ee's son la número uno y la número dos. Y nuestros aseos: no te lo crees hasta que mees».

Sin embargo, gasolina y váteres no son los atractivos definitorios de Buc-ee's. La joya de la corona es Texas en sí o, al menos, los objetos materiales que personifican el estado en el imaginario de mucha gente, como hebillas gigantes, barbacoas, música country, botas Kevlar que imitan la piel de serpiente, señales hechas de cuerda (un lazo dispuesto en la forma de alguna palabra, por ejemplo *howdy*,^[2] y pegado encima de un tablero con la bandera americana), pistoleras (pero no pistolas), camisetas (*Have a Willie Nice Day*),^[3] pegatinas para la parte de atrás del coche (*Don't Mess With Texas*),^[4] cualquier tipo de objeto con la forma del mapa del estado y libros de temas texanos (hay, entre otros, todo un estante con ejemplares de la novela superventas de Steve, *Las puertas de El Álamo*).

Últimamente se ha popularizado una imagen en camisetas, pegatinas y medidores de whisky, que consiste en un cañón de color negro acompañado de la leyenda *Come and Take It*.^[5] La provocativa cita tiene una larga historia que se retrotrae a la batalla de las Termópilas, pues así respondió Leónidas I, rey de Esparta, a la exigencia de su ho-

mólogo persa, Jerjes, de que los griegos depusieran las armas. En Texas, estas palabras aluden a una batalla librada en 1835, que inauguró la revolución texana, cuando las fuerzas mexicanas marcharon sobre el puesto fronterizo del sur de Texas de Gonzales, a fin de recuperar un pequeño cañón de bronce que se había prestado a la ciudad para defenderse de los nativos. Los desafiantes gonzaleños izaron una tosca bandera, hecha con un vestido de novia, que se ha convertido en emblema del movimiento por el derecho a portar armas. El político conservador Ted Cruz, por ejemplo, llevó una insignia con esta bandera durante los largos discursos que pronunció en el Senado estadounidense contra los gastos en sanidad en 2013.

En Buc-ee's, el aspirante a texano puede equiparse de pies a cabeza no solo con ropa y complementos, sino con las poses culturales y filosóficas que conforman los estereotipos regionales, como el individualismo del vaquero, cierto carácter amigable pero a la vez receloso, un patriotismo exacerbado pero que a la vez planta cara a cualquier autoridad gubernamental, el agravio a flor de piel y la nostalgia por un pasado ideal que es fundamentalmente un invento hollywoodiense; en otras palabras, una sociedad pedestre que encuentra su máxima expresión en las gasolineras de las autopistas interestatales.

He vivido en Texas la mayor parte de mi vida y he llegado a apreciar lo que este estado simboliza, tanto para sus habitantes como para quienes lo ven desde fuera. Los texanos se consideran personas seguras de sí mismas, trabajadoras y a prueba de manías y neurosis, una síntesis de las mejores virtudes estadounidenses. Los foráneos ven en Texas el *ello* freudiano de Estados Unidos, un lugar en el que corren en libertad los impulsos más prohibidos y desafordados. Muchos estadounidenses creen que el texano celebra el individualismo irreflexivamente y ve en el Gobierno una especie de kriptonita que no hace sino debilitar el músculo empresarial. Se nos acusa de bravucones y manirroto, de

vivir el día a día sin preocupaciones; se nos tiene por algo crédulos pero peligrosos si nos enfadamos, no del todo seguros de lo que hacemos pero obsesionados con el poder y el prestigio. En efecto, es irónico que la figura que mejor encarna los valores que la mayoría asocia con nuestro estado sea la del narcisista y multimillonario neoyorquino que se sienta en la actualidad en el Despacho Oval.

Evidentemente, dichas características también pueden resultar muy atractivas. Texas lleva décadas creciendo a un ritmo espectacular. El único estado más poblado que Texas es California, pero el número de texanos se habrá doblado para 2050 hasta alcanzar los 54,4 millones, casi tantos habitantes como los de California y Nueva York juntos. Tres ciudades texanas —Houston, Dallas y San Antonio— figuran entre las diez más pobladas del país. La undécima es Austin, la capital estatal, donde residimos Steve y yo. Es, además, desde hace cinco años, una de las que más rápidamente crecen del país. El área metropolitana cuenta ya con más de dos millones de habitantes, nada que ver con la pequeña ciudad universitaria a la que vinimos a vivir Steve y yo hace muchos años.

Hay un algo teatral en ser texano. Las botas, las camionetas, las pistolas, la actitud... todo ello forma parte del estereotipo, pero constituye también una farsa. Las opciones estéticas relacionadas con el estilo a la hora de vestir o con el tipo de vehículo a motor que suele verse en el estado refuerzan la identidad del texano, pero también la alienación del extraño.

Sobre el antiguo estereotipo van construyéndose otros nuevos —el del hípster, el del gurú informático, el del músico, el del magnate de los videojuegos—, así como una clase artística cada vez más amplia, que está remodelando la imagen que tenemos de nosotros mismos y demuestra que Texas no cabe en el logo de una taza de café ni en una pegatina para la parte trasera del coche. «Soy el texano menos texano que conozco», observó en una ocasión Steve.

Jamás lo he visto vestido de vaquero; ni siquiera con los pantalones. No se ha puesto unas botas desde que tenía seis años. En la universidad, practicaba equitación porque era obligatorio hacer algún deporte, y suspendió. Argumenta que fue un error burocrático, pero el hecho es que la última vez que montó a caballo se cayó y se rompió un brazo.

Ni Steve ni yo habríamos durado mucho en Texas si nos hubiéramos criado aquí y, aun así, hemos quedado tan marcados por su cultura que no nos la podemos sacudir de encima. En ocasiones nos hemos planteado ir a vivir a otro lugar, y también nos preguntamos por qué siempre terminamos quedándonos. En mi caso particular, he pensado más de una vez mudarme a Nueva York, donde vive la mayor parte de mis compañeros de oficio, o a Washington, que es el Shangri-La del periodismo político, pero en ninguno de los dos lugares me siento en casa. En Washington todo gira en torno a la política y, aunque los periodistas ejercen cierta influencia, en realidad se dedican más bien a ver el partido desde la grada. En lo que respecta a los intelectuales neoyorquinos, a veces me sacan de mis casillas con sus certidumbres progresistas, prestos a juzgar a todo el que difiera de ellos. La ciudad es como una colmena que late al compás de la indignación y la supremacía moral. Y, de todos modos, creo que soy demasiado rústico para la Gran Manzana. En una ocasión, iba caminando por la Sexta Avenida y vi a un señor mayor, elegantemente vestido, que paseaba de un lado a otro, con gesto aparentemente preocupado, por el bordillo de la acera. Afloraron entonces mis prejuicios contra la vida en la gran ciudad; era evidente que ese señor necesitaba ayuda, pero los viandantes pasaban junto a él sin siquiera mirarlo. En Texas no permitimos que un anciano desorientado corra peligro de esa manera. Me acerqué a él como habría hecho cualquier caballero texano y le pregunté: «Señor, ¿se encuentra usted bien?». El tipo

me miró sorprendido y respondió: «Estoy esperando un taxi».

Distintos autores han juzgado a Texas desde los primeros días de su historia, normalmente con duras palabras. El arquitecto Frederick Law Olmsted, que fue periodista antes de diseñar el neoyorquino Central Park, atravesó el país en 1854 y dejó escrito: «En Texas, a los caballos y a las esposas se les da la misma importancia que a un paraguas en estados más avanzados». En 1939, la novelista Edna Ferber hizo un viaje por el estado que fue la génesis de su exitosa novela *Gigante*, aparecida en 1952. En ella se popularizó la imagen del millonario texano, codicioso, provinciano y pintoresco, cuya fortuna provenía no tanto del trabajo duro y la inteligencia como del azar. El hecho de que esa imagen no estuviera muy lejos de la realidad contribuyó a que el estereotipo hiciese mella. John Bainbridge, periodista de *The New Yorker*, cruzó el estado en 1961 recopilando material para su libro *The Super-Americans*, y encontró que los texanos se nutrían aún de lo que él llamaba «ednafeberismo»: «Pocos documentos han producido tanto revuelo desde la Proclamación de la Emancipación como la novela de Ferber», observaba Bainbridge, señalando asimismo que la película inspirada en el libro acababa de estrenarse y que las entradas se habían agotado en casi todos los cines del estado. En la película, Rock Hudson interpreta a un rancheero con una hacienda de mayor extensión que algunos estados; James Dean es el granuja que, de la nada, consigue amasar una ingente fortuna; en tercer lugar, Elizabeth Taylor es la foránea que viene de la Costa Este con ánimo civilizador y que llama la atención sobre la explotación de los mexicanos, que se desloman a trabajar pero no participan de ningún beneficio. Han pasado tres cuartos de siglo desde la publicación de la novela original, pero los arquetipos codificados por Ferber siguen definiendo la percepción

que tienen de los texanos tanto el extraño como el autóctono.

Bainbridge observó que la condescendencia que los no texanos demuestran hacia el estado se hace eco de la tradicional postura del Viejo Mundo hacia el Nuevo: «Los defectos de Texas, tal y como apuntan la mayoría de los visitantes, no resultan en absoluto desconocidos, pues son los mismos por los que nos critican los europeos desde hace trescientos años: jactancia, subdesarrollo, incultura, materialismo y demás». El periodista caracteriza el desdén que se muestra por lo texano como la combinación de una «hostilidad nacida de la envidia» y de un «resentimiento arraigado en la nostalgia». «Texas es una superficie pulida en la que los estadounidenses se ven reflejados como en un espejo deformante, a una escala mayor que la real. Y ese reflejo no les gusta», añade.

Cuando Bainbridge visitó el estado, Texas seguía en la trastienda de la conciencia nacional y apenas ejercía influencia, salvo por su enriquecimiento imparable, originado en el petróleo, y por una cultura política suigéneris. Gail Collins, columnista de *The New York Times*, visitó el estado en 2012 para preparar su obra *As Texas Goes... How the Lone Star State Hijacked the American Agenda*; para ese año, el estado había acumulado tal poder económico y político que pocos se negaban a aceptar que Texas había salido de la trastienda y se apostaba ya, de cara al público, en el mostrador del país. Saltaron las alarmas: «Los texanos lo controlan todo —escribió Collins, expresando una habitual queja entre los progresistas—. Entonces, ¿por qué están siempre enfadados?».

Steve y yo nos hemos hecho en muchas ocasiones la pregunta de si Texas es responsable de propugnar la tenebrosa cultura política que se ha extendido por Estados Unidos, algo de lo que Collins y otros forasteros muchas veces acusan al estado de la Estrella Solitaria, señalando a Lyndon Johnson y Vietnam, a George W. Bush e Irak, al congresista

Tom DeLay y el controvertido proyecto de reforma de los distritos electorales, o a Ted Cruz y el Tea Party; una impresionante nómina de nombres propios que han contribuido al malestar nacional. Steve parte de la premisa de que Texas, sencillamente, forma parte de la cultura dominante. Diríase que ejerce una influencia desproporcionada, pero se trata, no en vano, de un estado gigantesco, en el que se sustancian tendencias que ya están en marcha a lo largo y ancho del país. «Si Estados Unidos fuera un barco, Texas sería la bodega —metaforiza Steve—. Cuando la carga se mueve, el rumbo del barco se ve afectado».

Yo no soy tan indulgente. Creo que Texas ha alimentado una cultura política inmadura que ha hecho un daño terrible al estado y a todo el país. Como Texas participa de casi todos los compartimentos en que pueda dividirse Estados Unidos hoy —el Sur, el Oeste, las Llanuras, la minoría hispana y los inmigrantes, la frontera, la brecha entre campo y ciudad—, lo que ocurre aquí suele afectar de manera desproporcionada al resto del país. Quizá en Illinois y New Jersey haya más corrupción, y es posible que Kansas y Luisiana funcionen peor, pero no cargan con la responsabilidad de ser el futuro.

Decidimos comenzar nuestra gira por la más alejada de las cinco misiones, San Francisco de la Espada, fundada en 1731, a veintiún kilómetros de la cual se levanta la más antigua de ellas, El Álamo, en el centro de la ciudad de San Antonio.

Sobre el suelo de Texas se ha derramado mucha sangre. Aunque el término «terrorismo» no se había acuñado en el tiempo de la colonización, tanto ocupantes como ocupados sabían que había mucho en juego. Las torturas, las cabelleiras cortadas, las decapitaciones y los asesinatos, tan indiscriminados como imaginativos, marcaron el conflicto entre los nativos y los colonos europeos. El objeto de las misio-

nes era proporcionar un refugio a los indios coahuiltecos, donde convertirlos a la fe cristiana y formarlos como agricultores y artesanos. «El objetivo era españolizarlos cuanto fuera posible», dice Steve. Para su desgracia, los coahuiltecos se vieron atrapados en el fuego cruzado entre los españoles y los apaches y comanches que señoreaban las salvajes llanuras. «Era como la Siria de hoy».

En la pequeña capilla de la misión se celebraba una boda, así que Steve y yo paseamos hasta una estructura aneja en la que una liga de béisbol amateur vendía carne a la parrilla. Comimos sentados en un banco, en un campo alfombrado de trébol violeta, junto al antiguo depósito de grano, escuchando la música nupcial. Una vaharada de incienso salió desde el interior del pequeño santuario y, de repente, el sol se abrió paso. Aun en pleno febrero, pudo sentirse el aliento de julio.

Al poco, emergieron los novios y, mientras repicaban las campanas, posaron ante el fotógrafo bajo el arco de herradura de la entrada. La historia deja interesantes rastros de sí misma —sutiles, como diría Steve— y aquí nos topábamos con un recuerdo de la Alhambra. Hablamos sobre cómo la colonización española de América no fue sino una extensión de la Inquisición y el derrocamiento de los árabes. Tras hacerse con Granada en 1492, los católicos españoles llevaron su guerra santa al Nuevo Mundo. A Texas tardaron en llegar un tiempo. Álvaro Núñez Cabeza de Vaca naufragó cerca de la isla de Galveston en 1528. Los conquistadores trajeron consigo un muestrario completo de enfermedades europeas —peste bubónica, viruela, paperas, gripe—, lo que produjo uno de los peores desastres demográficos de la historia. «La mitad de los nativos murieron de una enfermedad de los intestinos, y nos culpaban a nosotros», lamentaba Cabeza de Vaca. Los indios que rescataron al español abandonado exigieron que hiciera las veces de médico, de modo que el primer europeo que llegó a Texas se encontró con el dilema de curar las enfermedades que él

mismo había causado. Generaciones más tarde, cuando los europeos empezaron a venir para quedarse, el densamente poblado territorio indio original se había visto reducido a los espacios abiertos donde se recibía a los frailes españoles con los brazos abiertos. Las misiones españolas son los objetos materiales más antiguos que pueden encontrarse en Texas, excepción hecha de puntas de flecha y huesos de dinosaurios.

Estábamos acabando de comer cuando vi a otra novia esperando junto a las murallas en ruinas; un fotógrafo negro y alto, con una cresta roja, estaba sacándole fotos mientras su rolliza madre mexicana le sujetaba la cola. Steve y yo echamos un vistazo al interior de la capilla y luego decidimos que era el momento de recoger y seguir nuestra ruta.

Pedaleamos a lo largo de un camino pavimentado que recorre la ribera del río, o lo que era antiguamente el río, antes de que lo canalizaran tras varias inundaciones acaecidas durante la primera mitad del siglo xx. A lo largo de los últimos veinte años, no obstante, se ha producido un heroico esfuerzo por devolver la vida a esta vía fluvial. Se instalaron arenales y cascadas artificiales y, en la actualidad, pueblan las orillas todo tipo de especies vegetales endémicas, lo que hace que el río parezca más río, pese a no serlo. Los cormoranes se posan sobre peñascos artísticamente colocados y extienden sus alas al sol, como capas vampíricas, para que se sequen. Pasamos frente a varias granjitas, donde nos llaman la atención los gallos y algún que otro quisquilloso pavo real. Estas aves, con su incesante y chirriante graznido, están entre los inmigrantes más molestos que ha recibido nuestro estado. Un amigo ranchero cuenta que los agricultores trajeron los primeros pavos reales porque, al parecer, cazan muchas serpientes. En algunos barrios de la ciudad se han convertido en una auténtica plaga. La mejor manera de hacerlos callar es instalar un gran espejo en las